

antropología; esta tiene lugar cuando se atribuye á Dios alguna cosa corporal que convenga al hombre, como miembros, etc. *Antropopatía* no se dice sino en el caso de asignarle pasiones ó afecciones humanas.

Pues que Dios es inmutable y soberanamente perfecto, es evidente que no se le pueden atribuir pasiones, así como tampoco miembros corporales sino en un sentido metafórico. Se dice que Dios está irritado cuando castiga y aborrece á los impíos, por la misma razón que es zeloso por su culto; porque prohíbe que se rinda á otros este. Véase *Clasif. Philol. sacra*, col. 4330 y sig.

Tertuliano decía á los marcionitas que se escandalizaban de estas expresiones de la Sagrada Escritura: « Os repito que Dios no ha podido conversar con los hombres, á menos que no se dignara hablar como ellos y atribuirse sus sentimientos y afecciones. Era preciso este lenguaje humano, para poner al alcance de nuestra debilidad las grandezas de la majestad suprema. Si esto parece indigno de Dios, es necesario al hombre; ahora bien, nada es mas digno de Dios que la instruccion y la salvacion de sus criaturas: » *Adv. Marcion. l. 2, c. 27*. Orígenes contra Celso *lib. 4, n. 71 y sig.* S. Cirilo contra Juliano *lib. 3, p. 451, 454* responden del mismo modo.

Anuales (ofrendas). Son las que hacian antiguamente los parientes de personas difuntas el día aniversario de su muerte. Se llamaba á este día *cabo de año*, y se celebraba la misa con gran solemnidad.

Se dice tambien en Paris *anual* una fundacion de misas para todos los dias del año, por la intencion de un difunto: *fundar un anual*. V. *el antiguo Sacramentario por Grandeolas*, 4^a parte, pág. 539.

Anunciacion. es la nueva que el ángel Gabriel dió á la santísima Virgen, que concebía el Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo. Véase ENCARNACION. Los griegos la llaman *επιγγελια*; buena nueva, *επιγγελια*; salvacion.

Anunciacion. así se llama tambien una fiesta que se celebra en la Iglesia romana, por lo general el 25 de marzo, en memoria de la Encarnacion del Verbo divino. El pueblo llama á esta fiesta la *Virgen de marzo*, á causa del mes en que fue.

La institucion de esta fiesta en la Iglesia latina es antiquísima; entre los sermones de S. Agustin, que murió en 430, tenemos dos sobre la *Anunciacion*, que son el décimo sép-

timo y el décimo octavo de *sanctis*. El sacramentario del papa Gelasio I, demuestra que esta fiesta estaba establecida en Roma antes del año 469; pero la Iglesia griega posee monumentos de una época todavía mas remota. Próculo, que murió en 446 y S. Juan Crisóstomo en 407, tienen entre sus obras discursos sobre el mismo misterio. Rivet, Petkins y algunos otros escritores protestantes han puesto en duda la autenticidad de las dos homilias de este último padre sobre este asunto; pero Vossius las admite y prueba que son verdaderamente de este santo doctor.

Por lo tanto se engaña Bingham al decir que tuvo origen esta fiesta en el séptimo siglo. *Origen Eccles. tom. 9, l. 20, c. 8, § 4.*

Es muy probable que al principio se celebrara en memoria de la Encarnacion del Verbo, y que el uso de unir á ella el nombre de la santísima Virgen es mas reciente. Lo mismo sucede con la costumbre de solemnizarla el 25 de marzo. Los griegos la celebran en el mes de diciembre, antes de Navidad. Los sirios la denominan *Escarabán, Informacion*, y en su calendario la han fijado en el día 1^o de diciembre. Los Armenios la celebran el 3 de enero, á fin de que no caiga en cuaresma. Segun la antigua disciplina, las fiestas y el ayuno se consideraban como incompatibles.

En Occidente hay la misma variedad. Se cree que la Iglesia de Puy-en-Velay ha conservado la costumbre de celebrarla durante la semana santa cuando cae en ella, aunque sea viernes santo: la de Milan el domingo antes de Navidad, y las iglesias de España la hacen en el 25 de marzo; pero estas últimas la celebran tambien en cuaresma. En 636, el décimo concilio de Toledo mandó que la fiesta de la *Anunciacion* de Nuestra Señora y la de la Encarnacion del Verbo divino, se hiciera ocho dias antes de Navidad, porque el 25 de marzo, dia en que tuvo lugar este misterio, cae generalmente en cuaresma y á veces en semana santa ó durante la solemnidad de la Pascua, en cuyo tiempo la Iglesia se ocupa de otros misterios y ceremonias. S. Ildefonso confirmó este decreto, y llamó á esta fiesta la *Expectacion del parto de la Santísima Virgen*. Tambien se denominó la *fiesta de las Oes* ó de la *O*; porque durante esta octava se canta todos los dias para el *Magnificat* una antífona solemne que empieza por *ó*, como ó

Ree gentium, ó Emmanuel, etc. Es una exclamacion de alegría y de deseo.

En la Iglesia de Roma y en la de Francia, no se hace esta última fiesta sino en algunos monasterios de anunciadas á otras religiosas; pero desde el 15 de diciembre hasta el 23 se canta todos los dias á vísperas al son de las campanas una de estas antífonas, que el pueblo llama las *Oes de Navidad*, y los rubricados *antífonas mayores, antiphona majores*; expresan los diferentes títulos, bajo los cuales los profetas anunciaron al Mesías.

Los judíos llaman tambien *anunciacion* á una parte de las ceremonias de la Pascua; aquella en que exponen el origen y ocasion de esta solemnidad, exposicion que denominan *shaggada* que significa *anunciacion*.

Anunciada. Nombre comun á muchas órdenes, unas religiosas y otras militares, instituidas para honrar el misterio de la Anunciacion ó de la Encarnacion.

La primera órden religiosa de esta clase se estableció en 1232 por siete comerciantes florentinos; es la órden de los servitas ó servidores de la santa Virgen. V. *SERVITAS*.

La segunda fué fundada en Bourges el año 1590 por santa Juana de Valois, reina de Francia, hija de Luis XI, y mujer de Luis XII; hizo anular su matrimonio por el papa Alejandro VI con el consentimiento de aquella virtuosa reina. Estas religiosas llevan un hábito pardo oscuro, un escapulario rojo, un manto blanco y un velo negro. Su regla está fundada en doce artículos relativos á doce virtudes de la Santísima Virgen; fué aprobada por Alejandro VI, Julio II, Leon X, Paulo V, y Gregorio XV. El convento de Popincourt, en Paris, pertenece á esta órden.

La tercera, que se denomina de las *anunciadas celestes ó monjas azules*, se fundó el año 1604 por una viuda piadosa de Génova llamada *Maria Victoria Fornaro*, murió en 1617. Esta órden fué aprobada por la Santa Sede, y existen algunas casas en Francia. Su regla es mucho mas anstera que la de las *anunciadas*, fundadas por la reina Juana. Tienen el hábito blanco, el escapulario y el manto azul, y guardan la mas severa clausura.

ANUNCIADA. Sociedad fundada en Roma en la Iglesia de Nuestra Señora de la Minerva el año 1460 por el cardenal Juan de Torquemada, para casar á doncellas pobres. Se erigió despues en archicofradía, y se ha hecho tan rica por las limosnas y los legados que la han dejado, que todos los años el 25 de marzo, que es la fiesta de la Anunciacion de

la santísima Virgen, dota á mas de cuatrocientas jóvenes con sesenta escudos romanos á cada una, un vestido de estameña blanca, y un florin para chinelas. Los papas han hecho tanto aprecio de esta obra de piedad, que van á caballo acompañados de los cardenales y de la nobleza de Roma á distribuir las óculas de estos dotes á las que deben recibirlos. Las que quieren ser religiosas tienen el doble que las demás, y se distinguen por una corona de flores que llevan sobre la cabeza. Véase al abate Piazza *Ritratto di Roma moderna*.

Aod. En el libro de los *Jueces* se dice que los Israelitas, en castigo de su idolatría, fueron sulyugados por Eglon, rey de Moab, bajo cuya dominacion permanecieron por espacio de diez y ocho años, y que Dios les suscitó un vengador en la persona de *Aod*. Este hombre mató á Eglon, fingiendo quererle hablar, se puso á la cabeza de los Israelitas, ganó una batalla, y los sacó del poder de los Moabitas. Los censores de la Sagrada Escritura dicen que *Aod* fué culpable de un regicidio, que es muy mal ejemplo para un pueblo que está descontento con su soberano, siendo causa de muchos crímenes de la misma especie.

Nos sorprenderia menos esta decision, si no conociéramos por otra parte la moral enseñada por estos mismos censores. Sostienen que un conquistador no adquiere ninguna soberania sobre una nacion vencida sino por el consentimiento de esta última; que, hasta que sea reconocido libremente por su rey, cualquier acto de autoridad que ejerza es una violencia y usurpacion; que tiene derecho á sacudir su yugo en el momento que pueda. Que nos manifesten el tratado por el cual los Israelitas habian reconocido libremente á Eglon por su rey.

Se llama *regicida* un súbdito que mata á su propio rey, y no el que mata á un rey enemigo para poner en libertad á sus compatriotas. Entre los pueblos antiguos se creia generalmente que era permitida la mala fe contra los enemigos del estado. Mucio Escévola no fué acusado de regicida por haber intentado matar por sorpresa á Porsenna, que sitiaba á Roma.

Además, cuando la Escritura dice que Dios suscitó un liberador á su pueblo, no nos enseña que Dios le inspiró la mentira, ni el asesinato que cometió; aunque una accion sea citada como un rasgo de valor, no por esto es alabada como un acto de justicia.

Recordemos siempre que el Evangelio es el que ha dado á las naciones cristianas las verdaderas nociones del derecho de gentes y del derecho político tanto en paz como en guerra, que no se encuentran ni se han encontrado en ninguna otra parte.

Aparición. Acción por la cual un espíritu, tal como Dios, un ángel bueno ó malo, el alma de un muerto, se hace sensible, obra y conversa con los hombres. Son muy frecuentes los ejemplos de esto en la Sagrada Escritura.

Segun la historia misma de la creación, Dios conversó de una manera sensible con Adán y sus hijos, con Noé y su familia, con Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y otros muchos profetas. Los Padres de la Iglesia suscitaban esta cuestión, á saber: si era Dios mismo el que se hacia presente y visible á los hombres, ó si era un ángel que hablaba y obraba á nombre de Dios. Casi todos los antiguos estaban persuadidos de que era el Verbo divino, segunda persona de la Santísima Trinidad que preludiva de este modo el misterio de la Encarnación; otros creyeron que eran los ángeles. Es muy difícil probar de una manera incontestable cualquiera de estas opiniones; las dos pueden ser verdaderas segun las circunstancias. A primera vista parece que á menos de no violentar el texto sagrado, no se puede negar que el Criador mismo haya hablado y conversado con Adán, Noé y Abraham; no es probable que un ángel dijera á Moisés en la zarza ardiendo: «Yo soy el Dios tu Padre, el Dios de Abraham;» y á los Israelitas reunidos al pié del monte Siná: «Yo soy el Señor vuestro Dios que os he sacado de Egipto.» *Éxod. xx, 4.* Sin embargo leemos en las *Actas de los apóstoles*, vii, 37, que era un ángel el que hablaba á Moisés sobre el monte Siná; y S. Esteban dice á los judíos: «Vosotros habeis recibido una ley dispuesta por los ángeles, x, 33.»

¿Bajo qué figura se aparecía este ángel entonces? Bajo ninguna. Moisés dice formalmente á los Israelitas: «Cuando Dios os ha hablado en Horeb en medio del fuego, habeis oído su voz, pero no habeis visto ninguna figura, por temer que engañados con esto, no intentáseis representarle por algun macho ó hembra, y le adoráseis,» *Deut. iv, 12, 13*, etc. Se dice que Dios hablaba á Moisés cara á cara en la nube que estaba á la entrada del tabernáculo; pero cuando Moisés le dice: «Señor, si he encontrado gracia delante de vos, mostradme vuestro rostro á fin de que

os conozca.... mostradme vuestra gloria; Dios le responde: «No puedes ver mi rostro, ningún hombre me verá sin morir.» *Éxod. xxxiii, 9, 11, 13*, etc. No obstante, por los primeros capítulos del Génesis parece que Dios para conversar con nuestros primeros padres se revestía de un cuerpo visible, pero no se puede afirmar que fuese un cuerpo humano.

En otras circunstancias, los ángeles que hablaban á los hombres se les aparecían bajo la figura humana: así un ángel conversó en el desierto con Agar, y esta mujer creyó que era el mismo Dios, *Gen. xvi, 7 y 13*. Los tres ángeles enviados para destruir á Sodoma comieron en la tienda de Abraham; uno de ellos que le prometió un hijo, es llamado el Señor Jevah, *xviii, 13*. Estas clases de apariciones de los ángeles buenos son frecuentes en el antiguo y nuevo Testamento; pero no vemos en el antiguo ningún ejemplo de apariciones de los ángeles malos: la primera vez que se hace mención de ellas en la Sagrada Escritura es con motivo de la tentación de Jesucristo en el desierto, *Mat. iv, 1*.

Rara vez tambien se trata de las apariciones de los muertos. Samuel se apareció á Saúl cuando este le hizo evocar por la pitonisa de Endor, *I Reg. xxviii, 13*. Judas Macabeo vió tambien al gran sacerdote Onías y á Jeremías que le hablaron despues de su muerte, pero era en sueños, *II Macab. xv, 41*. Leemos, *Mat. xxvii, 52*, que en la muerte del Salvador y despues de su resurrección se levantaron muchos muertos de su tumba, entraron en Jerusalén, y se aparecieron á muchas personas.

No nos detendremos en examinar la multitud de apariciones de los espíritus referidas por los autores profanos; los filósofos de los siglos tercero y cuarto de la Iglesia, afeados en la teurgia, en la teópsia y en la magia, creían, ó por lo menos fingían creer, que se podía conversar con los genios ó dioses del paganismo; que los habian visto muchos hombres, los habian hablado y recibido respuestas. Algunos Padres de la Iglesia estaban persuadidos de que efectivamente el demonio se habia hecho sensible á sus mágicos, con especialidad á Juliano apóstata, y que Dios lo habia permitido para castigar su impiedad. No se puede saber con certeza hasta qué punto la imaginación, las ilusiones del espíritu impuro ó la impostura eran llevadas en estas circunstancias. ¿Cómo nos hemos de fiar de esos pretendidos filósofos, cuya mala

fe marchaba á la par con su fanatismo? Porfirio y Jamblico, menos pertinaces que los demás, han dado pruebas de que no daban ninguna fe á todas estas visiones; los cristianos desafiaron mas de una vez á los paganos para que hicieran obrar en su presencia á esos genios, cuyo poder tanto se enalzaba. *Tert. Apolog. xxii y xxiii*. Si fuéramos á creer á los viajeros, los mágicos caribes están con frecuencia en relacion con el demonio.

Por lo que respecta á las apariciones de los muertos, nada es mas comun, bien sea entre los historiadores paganos, bien en nuestros escritores de los primeros siglos; esto fué lo que dió origen en el paganismo á la necromancia ó arte de evocar los muertos, para saber de ellos el porvenir; pero ninguno de estos hechos con que nuestros padres fomentaban su credulidad está fundado sobre pruebas suficientes para obligarnos á creerlos. Si tuviéramos algunas pruebas, no tendríamos la menor dificultad en darles crédito. Por otra parte, las dudas que nos inspiran las narraciones apócrifas en nada derogán la certeza de los hechos referidos en los libros santos; en vano los incrédulos se creen con derecho para negarlo todo, porque no todo está probado igualmente.

4.º Los que admitan un Dios, ¿pueden acaso poner límites á su poder, arreglar sus decretos y prescribir la conducta que ha debido observar respecto de los hombres desde la creación? Dios sin duda puede revestirse de un cuerpo, es decir, hacer que su presencia sea sensible, dando á un cuerpo cualquiera la palabra y acción: que este cuerpo sea igneo, aéreo, luminoso ú opaco es igual; jamás podrá decirse que esta manera de instruir á los hombres, dictarles leyes, y prescribirles una religion es indigna de la sabiduría y majestad divina. Luego Dios ha podido valerse de estos medios. ¿Cómo se demostrará que no lo ha hecho? Una pueba de que así lo verificó respecto de los patriarcas, de Moisés y de los demás, es que nos han dejado los monumentos de una religion mas pura, mas santa, mas sensata y verdadera que la de los demás pueblos que no tuvieron los mismos auxilios. Solo Dios pudo revelarla. La manera con que fué hecha, segun dicen ellos, era la mas conveniente, pues que ha producido el efecto que Dios se proponía.

Las apariciones de los ángeles y de los muertos no ofrecen mas dificultad que las apariciones de Dios. Tan fácil le es dar un

cuerpo á un ángel, como el revestirle con un alma humana; cuando esta última está separada del cuerpo, Dios puede seguramente hacerla aparecer, volverla el mismo cuerpo que tenía ú otro, y ponerla en estado de ejecutar las mismas funciones que practicaba antes de su muerte. Este modo de instruir á los hombres y hacerlos dóciles es uno de los mas sorprendentes que Dios ha podido emplear.

2.º Los materialistas mismos, que no creen ni en Dios ni en los espíritus, y que niegan todos los hechos capaces de probar su existencia, racionan con poca consecuencia.

Bayle ha demostrado que Espinosa en su sistema del ateísmo no podia negar ni los espíritus, ni sus apariciones, ni los milagros, ni los demonios, ni los infiernos, *Dict. crit. Spinoza, rem. Q. y sig.* Efectivamente, segun la opinion de los materialistas, el poder de la naturaleza, es decir, de la materia, es infinito: y no lo sería si no pudiera hacer todo lo que se refiere en la historia santa. Un defensor de este sistema nos dice que nosotros no sabemos si la naturaleza está ocupada actualmente en producir muchos seres nuevos, si no está reuniendo en su laboratorio los elementos propios para que florezcan generaciones enteramente nuevas, y que no tengan nada de comun con las que ya conocemos. *Système de la nature, t. 1, c. 6, p. 86 et 87*. Luego tampoco sabemos si muchos millares de años antes de nosotros, no ha producido fenómenos singulares, y que no concebimos. Ignoramos, si por algunas combinaciones fortuitas de la materia se encendió en la cima del monte Siná un fuego terrible, de donde salió una voz que ha dictado el decálogo. Tampoco podemos decidir si por medio de otras combinaciones se formó repentinamente una figura de hombre que condujo, protegió y colmó de bienes al joven Tobias; si por la magia ó de otra suerte salió de la tierra un espectro semejante á Samuel, que habló á Saúl, etc., una vez que la naturaleza por su gran poder ha hecho hombres tales como nosotros, ¿porqué no podia formar ángeles mucho mas poderosos que los hombres, cuerpos igneos ó aéreos capaces de hacer cosas superiores á las fuerzas humanas?

3.º En buena lógica los escépticos pueden todavía menos rechazar el testimonio de los autores sagrados. Segun su sistema no existe ninguna conexión precisa entre las ideas que nos vienen al entendimiento por medio de las sensaciones y el estado real de los

cueros existentes fuera de nosotros: no estamos seguros de que son realmente tales como aparecen á nuestros sentidos. Luego el cerebro de Moisés pudo afectarse hasta el punto de creer, ver, oír y hacer todo lo que cuenta; las cabezas de la familia de Tobías pudieron hallarse en la misma situación que si un ángel se les hubiera aparecido, les hubiera hablado y hecho todo lo que creyeron ver y experimentar. Los órganos de Saúl pudieron modificarse del mismo modo que si Samuel hubiera salido realmente de la tumba, etc. Por lo tanto, nosotros obramos mal al sospechar de la sinceridad de los que escribieron estos hechos. A la verdad si eran ilusiones, si todas estas gentes no estaban en su juicio, ¿qué importa? Tampoco estamos nosotros seguros de que en este momento nuestro cerebro y el de los escépticos no estén tan enfermos como el de los personajes de quienes acabamos de hablar.

Si los incrédulos supieran raciocinar, no limitarían jamás las fuerzas de la naturaleza ni el número de los posibles; serían tan crédulos como las viejas, los niños y los ignorantes mas groseros. Los que creen en la magia sin creer en Dios, no son los que raciocinan peor.

4º El grande argumento es cuando dicen: si todo esto sucedió en otro tiempo, acontecería ahora; es así que no se ha verificado desde que progresó la ilustración; luego es una prueba que jamás tuvo lugar. Raciocinio falso. Según la opinión de los materialistas, en otra época salieron del seno de la tierra ó del mar hombres completamente formados, lo que no se verifica en el día; todos vienen al mundo por una sucesión de generaciones regulares. Si creyéramos á los escépticos, no hay ninguna conexión necesaria entre lo que vemos en el día y lo que aconteció en otro tiempo. Desde que no existe providencia que mantenga en la naturaleza un orden constante, nada hay que no pueda acaecer por casualidad ó por combinaciones desconocidas de la materia.

Los deístas á su vez se fundan sin razón sobre este mismo argumento. Si existe un Dios, pudo y debió conducir de otra suerte al género humano en su infancia que en las edades posteriores. Entonces eran precisos los milagros, las profecías, las apariciones y las inspiraciones para establecer la verdadera religión; una vez fundada, ya no tiene necesidad de nada de esto; los mismos hechos que se han servido de prueba en su ori-

gen, le servirán hasta el fin de los siglos; no es pues indispensable que Dios haga en el día lo que hizo en otra época. Esta es la reflexión de S. Agustín.

Falta mucho para que las disertaciones de Calmet sobre las apariciones hayan sido hechas con la sagacidad y tino que exigía una materia tan delicada. El abate Lenglet le ha vituperado mucho con razón en su tratado sobre el mismo asunto, t. 2, p. 91. Este demuestra perfectamente que á la mayor parte de las apariciones de los muertos, referidas por los escritores de los primeros siglos, les faltan muchas pruebas y son inverosímiles, p. 393 y sig.

APARICIONES DE JESUCRISTO DESPUES DE SU RESURRECCION. Se dice en las *Actas de los apóstoles*, que Jesucristo despues de su resurrección se presentó vivo á sus apóstoles, y les convenció de ella por las pruebas que les dió en el espacio de cuarenta dias, conversando con ellos, hablándoles del reino de Dios, bebiendo y comiendo con ellos; que le vieron ascender á los cielos por sus propios ojos, *Act. 1*. Los evangelistas nos dicen que se presentó diferentes veces á sus apóstoles, ya separadamente, ya reunidos, y á las santas mujeres; que les habló, se dejó tocar, que invitó al mas incrédulo de ellos á que pusiera los dedos sobre sus llagas, que bebió y comió muchas veces con ellos. Estas apariciones no eran pues ilusiones.

Pero ninguno de los evangelistas se ha detenido en referir todas estas apariciones y conversaciones, y colocarlas en el orden, según el cual tuvieron lugar, y en detallar todas las circunstancias. S. Mateo no cita mas que dos, S. Marcos hace mención de cuatro, S. Lucas no refiere mas que cinco, S. Juan cuatro; ninguno ha fijado su número. Hablando de esto como de una cosa muy conocida entre ellos, que nadie podia poner en duda. No creían que en los siglos posteriores los incrédulos desmenuzarian todas sus palabras, tratarían de buscar en ellas contradicciones, argumentarian sobre la brevedad de su narración, y se quejarían de que no era muy exacta, etc. Ningun título, ninguna historia puede ser suficientemente clara y precisa para evitar las objeciones de los obstinados.

La grande objeción de los incrédulos es que aquellas apariciones no bastan para probar la resurrección de Jesucristo. Había prometido públicamente resucitar, luego debía haberlo hecho en público.

Era preciso que se hubiera presentado á los

sacerdotes, á los fariseos, á los doctores judíos y al sanhedrin ó tribunal de Jerusalén. El testimonio de todas estas gentes sería de mas peso que el de un puñado de discípulos seducidos. Un gobernador romano, un tetrarca, un gran sacerdote judío, convertidos por la aparición de Jesucristo, hubiesen hecho mas impresion sobre un hombre de talento, que aquel populacho ignorante que se supone haber sido persuadido por la predicación de S. Pedro.

Pero hé aquí á nuestros adversarios que se detienen á la mitad del camino: la resurrección de Jesucristo no solo debía ser creída en Jerusalén, sino publicada y creída en todo el mundo. ¿Porqué se ha de pretender que las demás naciones estuviesen obligadas á creer en los testimonios de los principales de Jerusalén? En Jesucristo estaba el morir y resucitar en Roma, Pekin, París, el presentarse al universo entero; el milagro habria sido mas auténtico y convincente; *los hombres de talento* habrían creído en el testimonio de sus propios ojos.

De todos los argumentos de los incrédulos, acaso no hay otro mas absurdo que este: Dios podia dar mayores pruebas de tal ó cual verdad, luego no bastan las que nos ha dado. Este es el punto de partida de los ateos; dicea que si hay un Dios, debía escribir su existencia en el cielo con caracteres luminosos y visibles para todos.

Nosotros sostenemos que Jesucristo no ha debido hacer lo que se exige de él ni por los judíos, ni por los paganos, ni en favor de los incrédulos; que, aun cuando lo hubiera verificado, no estaria mejor probada su resurrección para estos últimos, y no se encontrarían mejor dispuestos que lo están para creerla.

1º Muchos establecen como principio que una resurrección es un hecho *imposible*, que ninguna prueba puede jamás comprobarle; otros que es un hecho *increíble*, que aun cuando vieran con sus propios ojos un muerto resucitado, no lo creerían. Luego es un absurdo y una pura burla por parte suya el exigir pruebas, que están resueltas de antemano á no creer. Si los judíos pensaban del mismo modo, como lo acreditan por su conducta, es claro que la vista misma de Jesucristo resucitado no les convencería. No les hubiera sido mas difícil decir: *Es el diablo que ha tomado la figura de Jesus para engañarnos*, como ya dijeron: *Por el poder del demonio es por lo que hace este hombre milagros.*

2º Es una impiedad el sostener que Jesucristo debía, por un exceso de bondad y por el don de la fe, recompenar la debilidad de Pilatos que le habia condenado á muerte contra su conciencia, la injusticia del gran sacerdote que le habia condenado como blasfemador, la torpeza del sanhedrin que habia suscrito á la sentencia, el furor del pueblo que exclamó *crucifícale*, la rabia de los verdugos que le habian cubierto de oprobios y heridas. ¿Acaso tonia Dios necesidad de todos estos malhechores para cumplir sus designios?

3º Jesucristo cumplió su promesa en toda su extensión: no habia prometido resucitar en público y á la vista de los judíos, ni el presentarse á ellos despues de su resurrección incontestable. Pero los judíos resistieron al testimonio de los guardas, á la asseveración de los apóstoles, confirmada por sus milagros, al ejemplo de ocho mil hombres convertidos por S. Pedro, á la impresion que debían hacer sobre ellos las virtudes de los primeros cristianos, y á los azotes terribles que Dios envió á la Judea para castigar el desdichado que habian cometido. Debía Dios multiplicar los milagros para obligar á semejantes hombres á convertirse. Tales han sido y serán siempre los incrédulos de todos los siglos.

4º Aun cuando los principales judíos y el sanhedrin hubieran creído en Jesucristo, ¿qué impresion ejercería su testimonio ó sobre los romanos ó sobre los incrédulos modernos? Ninguna. Los romanos dijeron y repiten los incrédulos, que los judíos eran ignorantes, visionarios, fanáticos y amigos de lo maravilloso, incapaces de discernir lo verdadero de lo falso, y un milagro de una ilusión. Según el principio de nuestros adversarios, ni los judíos de la Grecia, ni los de Roma estaban obligados á fiarse en el testimonio de sus hermanos de la Judea, sobre un hecho tan maravilloso é increíble como es la resurrección de Jesus; y aun todavía menos los paganos; todos podían decir como los incrédulos: ¿es razonable el exigir que creamos sobre la palabra de otro un hecho, del que Dios podia convencernos por nuestros propios ojos?

5º Aun cuando Jesus resucitado se hubiera presentado á los jefes de la sinagoga, ¿cómo lo sabríamos? Por el testimonio de los judíos convertidos, porque en fin los judíos incrédulos no se hubieran tomado el trabajo de informarnos, ni de poner por escrito un hecho que los cubría de oprobio. Ahora bien, los incrédulos modernos empiezan por re-

chazar como sospechoso el testimonio de todos los que creyeron en Jesucristo. Estos son, dicen, hombres prevenidos, seducidos, interesados en la causa de su maestro; son fanáticos ó impostores. ¿Se pondrían mas á cubierto de esta acusación los jefes de la sinagoga que los apóstoles y evangelistas? Basta que un hecho cualquiera ó un testimonio parezca á los incrédulos favorable al cristianismo, para que le rechacen sin exámen; hé aquí la principal razon que les previene contra el testimonio que el historiador Josefo ha rendido á Jesucristo.

6° Por último, si los grandes sacerdotes, el tetrarca de la Judea, el sanhedrin en cuerpo, hubieran atestado la resurreccion de Jesucristo y creído en él, los incrédulos dirían que habia habido una coliccion entre todos estos personajes y los apóstoles, que se habian convenido en hacer reconocer á Jesucristo por el Mesías, á fin de sublevar al pueblo, hacer una revolucion y sacudir el yugo de los Romanos; que toda esta escena habia sido un complot de interés nacional y politico; que así no probaba nada la pretendida conversion de los grandes y del pueblo, etc. ¿Podrían nunca fallar razones ó pretextos al espíritu fecundo de nuestros adversarios para autorizar su incredulidad?

Dios ha sabido mejor que ellos lo que era necesario para convencer á los espiritus recios y á los hombres sensatos. La resurreccion de Jesucristo fué publicada, probada y creída cincuenta dias después, en el sitio mismo en que habia sucedido, por ocho mil Judios que la predicacion de S. Pedro persuadió y convirtió, *Act. ii, 41*; iv, 6. Talcs fueron las primicias de la Iglesia que se formó entonces en Jerusalén, y que subsistió tanto tiempo como la misma ciudad. Bien pronto se contaron muchos sacerdotes en el número de los fieles, *Act. vi, 7*. Ninguna causa podia inducirlos á creer en la resurreccion de Jesucristo mas que la certeza incontestable y la notoriedad del hecho: luego las pruebas eran convincentes é invencibles. Tal es el punto esencial contra el cual no prevalecerá ninguna objecion. V. RESURRECCION.

Apatia, insensibilidad; es el estado á que aspiraban los estoicos. Aunque los antiguos escritores eclesiásticos se hayan servido algunas veces de este término para expresar la paciencia y el desprendimiento de las cosas de este mundo que tanto nos recomienda el Evangelio, es preciso no deducir de esto que Jesucristo ha querido hacer de sus discípulos

otros tantos estoicos, ó inspirarnos una sensibilidad absoluta. 1° Estos filósofos prohibian al sabio, bajo el nombre de *pasiones*, las afecciones naturales mas moderadas y legítimas, la amistad entre los parientes, la piedad para con los que padecen, el amor al bien público, etc. El Evangelio, lejos de prohibirnos estos sentimientos, nos los recomienda bajo el nombre general de *caridad*; no los desaprueba sino cuando son exagerados y pueden llegar á ser para nosotros una ocasion de pecado; y efectivamente, las afecciones é inclinaciones naturales no deben denominarse *pasiones*, sino cuando nos conduzcan á sus extremos. V. PASIONES.

2° Los estoicos no aspiraban á la insensibilidad mas que por un principio de orgullo; juzgaban las cosas de este mundo como indignas de afectar el alma del sabio, era una inhumanidad calculada. Jesucristo quiere que conservemos la tranquilidad del alma, por medio de la confianza en Dios, que amemos á nuestros semejantes en Dios y por Dios.

3° Por si esta enseñanza pudiera inspirarnos dudas, nos la inculcó por su ejemplo, amó tiernamente á sus parientes y amigos, derramó lágrimas sobre la tumba de Lázaro; lloró por la ruina futura de Jerusalén y de los Judios; no encontró á ningun desgraciado á quien no consolara, etc., esto no es el estoicismo.

4° Jesucristo no ha mandado la abnegacion absoluta sino á los que destinaba á la predicacion del Evangelio; á ningun otro de sus oyentes le aconsejó el abandonar su estado y desoludar los deberes de la sociedad; por el contrario, S. Pablo recomienda á los que se convierten á que permanezca cada uno en el mismo estado en que se hallaba cuando recibió la vocacion de la fe, *I Cor. vii, 20*.

Se acusa á algunos Padres de la Iglesia de haber enseñado la misma moral que los estoicos, de haber exigido que un cristiano no tuviese *pasiones*; es uno de los principales reproches que Barbeyrac hizo á S. Clemente de Alejandría. *Tratado de la moral de los Padres*, c. 3, § 4.

Explicuemos los términos y desaparecerá el escándalo. Decimos que un hombre no tiene *pasiones* cuando las reprime de tal modo que nada nos las manifiesta, y no le hacen cometer la menor falta. Decimos que es *insensible*, cuando no da señal alguna exterior de sensibilidad. Hé aquí lo que quiere S. Clemente. Mas arriba hemos visto que ciertas inclinaciones naturales no son reputadas

como *pasiones*, sino cuando son llevadas hasta el exceso. Ahora bien, ¿puede permitirse este exceso? El Evangelio condena terminantemente todas las *pasiones*, el orgullo, la ambicion, la vanagloria, aun en las obras buenas, el apego á las riquezas, el deseo de poseerlas, la inquietud por el porvenir, el deleite y todo lo que á él conduce, el simple deseo de los placeres prohibidos, los celos y el odio, la cólera y la impaciencia, el resentimiento y los proyectos de venganza, la intemperancia, la mollicie, la ociosidad, etc. Jesucristo nos manda todas las virtudes opuestas; siéndonos muy fácil el probarlo en detalle. S. Clemente no exige mas, y no se le puede echar nada en cara que no lo hayan echado los incrédulos contra Jesucristo y los apóstoles. V. MORAL CRISTIANA.

Apelación al concilio futuro. Es un expediente de que se ha echado mano en nuestra época para esquivar la censura de ciertas opiniones condenadas por el soberano Pontífice, censura aprobada y confirmada por el sufragio de la Iglesia universal; pues que á excepcion de algunos obispos de Francia ningun otro ha reclamado. Es de admirar que un modo de proceder tan extraño haya encontrado partidarios y apologistas.

Los *apelantes* sabian bien que no habia que esperar para ellos un *concilio futuro*; que la Iglesia universal no se reuniría para juzgar si tenian ó no razon, que era apelar á un tribunal que tal vez no existiría jamás. La Iglesia dispersa habia aplaudido muchas decisiones que la Santa Sede habia dado acerca de esta materia; ¿podiera suponerse que la Iglesia cambiaria de creencia cuando estuviera reunida, y que la circunstancia de un *concilio* obraría una revolucion repentina en todos los ánimos? Ha sido el colmo del ridículo el creer que una apelacion daba el derecho de continuar enseñando la doctrina censurada. Si los *apelantes* hubieran sido condenados en un *concilio*, habrían apelado, como todos los herejes, al juicio de Dios.

Mosheim en una de sus disertaciones sobre la *historia eclesiástica*, t. 1, p. 581, ha demostrado perfectamente que estas clases de *apelaciones* son inconciliables con la doctrina católica relativamente á la unidad de la Iglesia, que los *apelantes* han hecho un juego de los términos, protestando que no trataban de derogar esa unidad por su *apelacion*; pero ya reñariamos en otro lugar lo que dice la misma obra, á saber, que esta misma creencia, respecto de la unidad de la Iglesia, no

puede estar de acuerdo con la opinion de la Iglesia Galicana sobre la superioridad de los *concilios* generales respecto del papa. Los partidarios de Quesnel no aplaban solo de la decision del papa á la de un *concilio* general, sino de la decision del papa, confirmada con el asentimiento de la Iglesia universal. Esto es muy diferente. Véase UNION DE LA IGLESIA.

Apelante, nombre que se ha dado, á principios de este siglo, á los obispos y demás eclesiásticos que interpusieron una apelacion, al concilio futuro, de la bula *Unigenitus* dada por el papa Clemente XI, condenando el libro del padre Quesnel, titulado, *Reflexiones morales sobre el Nuevo Testamento*.

Como los *apelantes* se lisonjaban de imponer á la Iglesia entera por su gran número, se sollicitaban apelaciones de la misma manera que se piden los votos de un juez ó elector; los jefes de este partido fueron tan insensatos que llamaban á sus voces el *grito de la fe*, por fortuna esas locas pretensiones han sido olvidadas con la misma facilidad que se establecieron, avergonzándose en el dia de tanto escándalo.

Apelitas ó Apelitanos, como los llama S. Epifanio; herejes del segundo siglo, sectarios de Apolos, discípulos de Marcion, pero que no siguieron en un todo las opiniones de su maestro. No admitió como él dos dioses ó dos principios activos y coeternos, sino un solo Dios existente por sí mismo y soberanamente bueno; sin embargo probablemente suponía la eternidad de la materia. Segun él, el mundo no habia sido hecho por este Dios bueno, sino por un espíritu de un rango inferior, cuya impotencia y poca habilidad eran causa de los males que experimentamos. ¿Pensaba que Dios habia criado libremente á este obrero inhabil, ó que este previera necesariamente de Dios por emanacion? Los antiguos nada de esto dicen. Por lo demás, Apelos no acusaba á este espíritu de maldad; por el contrario suponía que por sus oraciones habia obtenido de Dios el que enviara á su hijo sobre la tierra á fin de corregir el mundo.

No sostenía como Marcion que el hijo de Dios no habia tenido mas que una carne aparente, que engañaba á todos los sentidos; pero decia que al bajar del cielo el hijo de Dios se habia formado á sí mismo un cuerpo sacado de los cuatro elementos sin encarnar en el seno de una virgen; que habia padecido realmente, que habia muerto y resucitado;

que antes de su ascension habia vuelto á los elementos el cuerpo que habia sacado de ellos; que solo su alma volvió al cielo. Por consiguiente negaba lo mismo que Marcion la resurreccion futura de la carne. No rechazaba absolutamente como él todo el antiguo Testamento, pero decia que habia en él bueno y malo; á nosotros toca elegir. Se le acusa de no haber imitado la continencia de su maestro, haberse entregado á las mujeres, y aun de ser seducido por una tal Filumena, á quien miraba como á una inspirada profetisa.

La multitud de sectas que esparcieron en el segundo siglo la diversidad de delirios forjados por sus doctores, nos darán con frecuencia motivo de hacer reflexiones. 1.º Todos estos razonadores eran filósofos procedentes de la escuela de Alejandria, ó de otra parte, que querian poner de acuerdo los dogmas del cristianismo con la doctrina de Pitágoras y de Platon, y saber mas que plugo á Dios revelarlos. 2.º Todos querian explicar el origen del mal, y ninguna de sus hipótesis resolvía la dificultad. Si fuese Dios el que crió libremente al hacedor del mundo previendo el mal que tenia que suceder, es tan responsable de ello como si lo hubiese hecho él mismo. Si este obrero existió necesariamente, todo es una fatalidad pura, ó lo que es lo mismo que Dios no lo pudo hacer mejor. 3.º Aunque interesado en poner en duda la historia del Evangelio, y al alcance de verificar los hechos, no se han atrevido á renegar el testimonio de los apóstoles, antes bien lo confirmaron. 4.º S. Pablo los pintó al natural, II Tim. IV, 4. «No podrán, dice, sufrir una doctrina sana, estarán impacientes por escuchar nuevos maestros; cerrarán sus oídos á la verdad, y correrán en pos de las fábulas.»

Aplicacion. Se dice, especialmente en teología, la acción por la cual nuestro Salvador nos transfiere lo que mereció por su vida y muerte.

Por esta aplicacion de los méritos de Jesucristo es por la que nosotros debemos ser justificados, y podemos aspirar á la gracia y á la gloria eterna. Los sacramentos son los medios ó instrumentos ordinarios por los cuales se hace esta aplicacion, con tal que se los reciba con las disposiciones ordinarias y prescritas por el concilio de Trento en la sexta sesion.

La Iglesia nos los aplica tambien por el santo sacrificio de la Misa, por sus oraciones, por las indulgencias y por las buenas obras que nos prescribe. Ha condenado á los profes-

tantes que dicen que esta aplicacion no puede sernos hecha mas que por la fe. V. **IMPERACION.**

Apocalipsis. del griego *αποκαλυπτος* revelar, es el nombre del último libro canónico de la Escritura.

Contiene en veinte y dos capitulos una profecía relativa al estado de la Iglesia desde la ascension de Jesucristo al cielo hasta el juicio final, y es como la conclusion de todas las Santas Escrituras, á fin de que todos los fieles, reconociendo la conformidad de las revelaciones de la nueva alianza con las predicciones de la antigua, sean confirmados en la esperanza del último advenimiento de Jesucristo. Estas revelaciones fueron hechas al apóstol S. Juan durante su destierro en la isla de Patmos, cuando la persecucion de Domitiano.

El encadenamiento de las ideas sublimes y proféticas que componen el *Apocalipsis* ha sido siempre un laberinto para los mas grandes genios y un escollo para los comentaristas. Todo el mundo sabe con qué delirios han tratado de explicarlo Drabucios, José Medina, el ministro Jurieu y el gran Newton: estas vanas tentativas son las mas á propósito para humillar al entendimiento humano.

Se ha disputado por largo tiempo en los primeros siglos de la Iglesia sobre la autenticidad y canonicidad de este libro; pero ahora se encuentran estos dos puntos completamente aclarados. En cuanto á su autenticidad, la negaban algunos antiguos; Cerinto, decian, atribuyó á S. Juan el *Apocalipsis*, para dar mas peso á sus delirios, y para establecer el reinado de Jesucristo por espacio de mil años sobre la tierra despues del juicio final. V. **MILLENARIOS.**

S. Dionisio de Alejandria, citado por Eusebio, le atribuye á un escritor llamado Juan, diferente del evangelista. Es verdad que las antiguas copias griegas, tanto manuscritas como impresas del *Apocalipsis*, llevan á la cabeza el nombre de Juan el divino. Pero ya sabemos que los Padres griegos daban por excelencia este sobrenombre al apóstol S. Juan para distinguirlo de los demás evangelistas, y además porque trató con especialidad de la divinidad del Verbo. Á esta razon se añade 1.º que en el *Apocalipsis* san Juan se encuentra designado por estas palabras: «á Juan que ha publicado la palabra de Dios, y que ha dado testimonio de todo lo que vió de Jesucristo;» caracteres que no convienen mas que al apóstol. 2.º Este libro está dedicado

á las siete Iglesias del Asia, las cuales gobernaba S. Juan. 3.º Está escrito en la isla de Patmos, adonde S. Ireneo, Eusebio y todos los antiguos convienen en que fue desterrado S. Juan el año 95, de la que salió en 98, época que fija tambien el tiempo en que se compuso la obra. 4.º Por último, muchos autores próximos á los tiempos apostólicos, tales como S. Justino, S. Ireneo, Orígenes, Victorino y despues de ellos una multitud de Padres y autores eclesiásticos le atribuyen á S. Juan evangelista. V. **AUTENTICIDAD Y AUTÉNTICO.**

En cuanto á su canonicidad, no está menos averiguada. S. Jerónimo refiere que en la Iglesia griega, aun en su tiempo, se la ponía en duda. Eusebio y S. Epifanio convienen en lo mismo. En el catálogo de libros santos extendido por el concilio de Laodicea, por S. Gregorio Nacianceno, S. Cirilo de Jerusalén y por algunos otros autores griegos, no se hace ninguna mencion de él. Pero se le ha tenido siempre como canónico en la Iglesia latina. Esta es la opinion de S. Agustín, S. Ireneo, Teofilus de Antioquia, Meliton, Apolonio y Clemente Alexandrino. El tercer concilio de Cartago, celebrado en 397, le insertó en el cánón de las Escrituras, y desde aquella época la Iglesia de Oriente le admitió como la de Occidente.

Los aloganios, herejes del siglo segundo, rechazaban el *Apocalipsis*; ponian sus revelaciones en ridiculo, principalmente las de las siete trompetas, las de los cuatro ángeles ligados sobre el Eufrates, etc. S. Epifanio, respondiendo á sus inyectivas, observa que el *Apocalipsis* no siendo una pura historia, sino una profecía, no debe parecer extraño que este libro esté escrito en un estilo figurado, semejante al de los profetas del antiguo Testamento.

La dificultad mas espiciosa que oponian á la autenticidad del *Apocalipsis* estaba fundada en lo que se dice en el capítulo xi, 18: «escritura al ángel de la Iglesia de Tyatira; y añadida que en tiempo del apóstol S. Juan no habia ninguna Iglesia cristiana en Tyatira. S. Epifanio conviene en el hecho, y responde que al hablar el apóstol de una cosa futura, es decir, de la Iglesia que debia establecerse un dia en Tyatira, habla de ella como de una cosa presente y cumplida, segun el uso de los profetas. Grocio hace notar que, aunque no hubiese ninguna Iglesia de paganos convertidos en Tyatira cuando S. Juan escribió su *Apocalipsis*, no obstante habia una de Judios, semejante á la que se habia establecido en

Tesalónica, antes de que S. Pablo predicara en aquella parte.

Hubo muchos *Apocalipsis* supuestos. S. Clemente en sus Hypotyposis, habla de un *Apocalipsis* de S. Pedro; y Sozomeno añade, que se leia todos los años hacia las pascuas en las Iglesias de Palestina. Este último habla tambien de un *Apocalipsis* de san Pablo, que los monjes estimaban en otro tiempo, y que los cofios modernos se vanaglorian de poseerlo. Eusebio hace tambien mencion del *Apocalipsis* de Adán; S. Epifanio del de Abraham, supuesto por los herejes seccionarios, y de las revelaciones de Seth y de Naria, mujer de Noé: por los gnósticos, Nicéforo habla de un *Apocalipsis* de Esdras, Graciano y Cedreno de uno de Moisés, de otro atribuido á santo Tomás, y de otro tercero de S. Esteban, y S. Jerónimo de otro cuarto, el que atribuian al profeta Elias. Porfirio en la *vida de Plotino*, cita los *Apocalipsis* de Zoroastres, de Zostreim, de Nicotia, de Alogencas, etc. libros de los cuales no se conoce mas que el título, y que probablemente no eran mas que un tejido de fábulas. Sixt. Senaus, lib. II, y VI; Dupin *Disert. prelim.* tom. III; *Bibliot. de los Aut. eccl.*

No debe causarnos admiracion el que los calvinistas no hayan querido jamás reconocer la canonicidad del *Apocalipsis*. Este libro contiene un cuadro de la liturgia apostólica que no les es favorable. V. **LITURGIA.** En nuestros dias, Abanzil, profesor en Lausana, ha hecho una disertacion contra el *Apocalipsis*; el mas célebre de los incrédulos modernos ha copiado sus objeciones en dos ó tres obras suyas. Por el contrario, los anglicanos colocan este libro en el número de los de la Sagrada Escritura; hace poco que el sabio Lardner ha recopilado los testimonios de los antiguos acerca de esto. *Credibility of the Gospel History*, t. II, p. 336. Los que han tratado este punto de crítica sagrada, no parecen sino que han olvidado que el papa S. Clemente, uno de los padres apostólicos, hace evidentemente alusion á dos pasajes de este libro. En su primera carta á los Corintios, n. 34, se lee: «He aquí el Señor, su recompensa está con él para dar á cada uno segun sus obras.» Estas mismas palabras se encuentran, *Apoc.* xxii, 12. La carta concluye con estas palabras: «A Dios por Jesucristo, gloria, honor, poder, majestad, trono eterno, desde el principio de los siglos y para siempre.» V. **APOCALIPSIS**, v. 13.

Mas como este libro parecia favorecer el